



*De tormentas
y calmas*

Miguel González Dengra

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

© Miguel González Dengra, 2014

© Ediciones Dauro, 2014

Primera edición, febrero 2014

EDICIONES DAURO

Plaza Boquerón, 4. Local 2. 18001 Granada

www.edicionesdauro.com

edicionesdauro@edicionesdauro.com

Editora: Mariana Lozano Ortiz

Diseño de cubierta: Agata Lech Sobczak

Maquetación: Mariana Lozano Ortiz

Depósito legal: GR 162-2014

ISBN: 978-84-15940-17-3

Impresión: Ulzama

Impreso en España — Printed in Spain

PRÓLOGO

El verso *Nel mezzo del cammin di nostra vita* («A mitad del camino de nuestra vida»), con el que comienza la *Divina Comedia* de Dante, podría servirnos para nombrar el momento en el que se encuentra el autor del presente libro, poemario de madurez, escogida suma poética del tramo central de una vida, lo que queda corroborado por las no escasas datas de los poemas: en el primero datado se lee «Jaén, 1989» y en otro, el de fecha más próxima a nosotros, «Granada, 11 de noviembre de 2012». Cuando un autor hace uso de estos elementos paratextuales, se debe a su expreso deseo de indicar lugar y tiempo en que se escribió el poema por estimar que son datos importantes a tener en cuenta para su lectura, así como ocurre en el caso de las dedicatorias incluidas. No otra cosa, por ejemplo, hace Antonio Machado cuando escribe «Baeza. 1913» al final del conocido «Poema de un día. Meditaciones rurales», indicando espacio y tiempo condicionantes de su meditación poética, o cuando añade «Lora del Río, 4 de abril de 1913» al hermoso poema CXXV que comienza con el verso «En estos campos de la tierra mía», donde florece una Andalucía verbal tras sus logrados poemas de *Campos de Castilla* (1912). De momento y en este caso, nos sirven para saber que Miguel González Dengra (Almería, 1960) viene manteniendo

y alimentando un sostenido interés por la poesía no solo en su faceta profesional, la más conocida en su caso, sino también como creador.

Y acabo de señalar su faceta profesional porque no conviene olvidar que Miguel González Dengra, catedrático en la especialidad de lengua y literatura españolas y doctor en filología hispánica, ha sabido hacer compatibles el discurso de la creación con el de la razón disciplinar y su proyección docente lo que, sin duda alguna, ha beneficiado y beneficia a las promociones de alumnos que curso tras curso vienen llenando el aula. Nada mejor para unos jóvenes alumnos que su profesor pueda alimentar el trabajo gustoso que desarrolla —léase el poema «Un día cualquiera»— con los conocimientos literarios y experiencias lectoras y creadoras de primera mano de manera que ninguna de las facetas del poliedro que es una obra literaria quede sin abordar, haciendo posible que razón literaria y razón disciplinar no les sean ajenas ni resulten entre sí incompatibles, lo que es tan importante a ciertas edades del discente. Ahí quedan, para corroborar cuanto digo y por dar cuenta de su más importante línea de investigación, sus ediciones de obras teatrales y estudios sobre literatura teatral y teatro del Siglo de Oro, con especial atención a la obra de Antonio Mira de Amescua.

Así pues, la poesía forma parte de su impedimenta vital. Es más, bien podría deducirse de la lectura de este libro, ancho en el tiempo de su escritura y hondo en aquello de que trata, que el autor recurre a ella como vía menos imperfecta de comunicación de humanos estados de emoción, asombro o perplejidad, al tiempo que le suministra cierta clase de conocimiento. De ahí que el título del libro que el lector tiene en sus manos, *De tormentas y calmas*, responda

a la voluntad autorial de simbolizar —y cabe decir también que de desambiguar— la materia de que se nutren los poemas que lo conforman, esto es, unos verbales signos estéticos elaborados a partir de vivencias, emociones, recuerdos y deseos que tienen su origen en diversos momentos de una vida, como no podría ser de otro modo, unos de adversidades o infelicidades o incertidumbre y otros de plenitud, certeza, celebración, tranquilidad de espíritu, esto es, poemas de las luces y las sombras que llenan su vida como las de cualquiera de nosotros mismos por el simple hecho de nuestra humana condición, tal como dejara escrito León Felipe en «Como tú» cuando compara la vida del sujeto poemático a una piedra

que en días de tormenta
te hundes
en el cieno de la tierra
y luego
centelleas
bajo los cascos
y bajo las ruedas;

En efecto, nos encontramos ante un libro que reúne en alianza y en cuidada estructuración interna poemas de sombras y de luces de una vida, pero que, al igual que ocurre con el texto alegórico de León Felipe, constituyen por sí mismos, además de una suerte de refugio para su autor, una conquista, un rescate, la salvación para la memoria personal y colectiva de lo que tiene en su naturaleza resultar efímero, mudable, instantáneo y huidizo. Así, al dar forma a los poemas, al objetivar en palabras las, como digo, emociones y meditaciones ante las *tormentas* y *calmas* de una vida, se

nos brinda la posibilidad de ensanchar la nuestra por esa vía de belleza, además de servir inicialmente para ensanchar las de los destinatarios internos —un tercio de los poemas que nutren el libro cuenta con dedicatoria—, lo que pone de manifiesto además y en no pocas ocasiones una comunidad de sentimientos de quien los escribe con la persona o personas así reconocidas que le llevaron a sentarse frente a un blanco papel movido por su συμπάθεια o ese ‘sentir con’.

El lector descubrirá pronto que *De tormentas y calmas* consta de un preludio poético seguido de cinco secciones tituladas a partir de versos de Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y Antonio Carvajal —«Sol de oro», «Nublado de nácares», «Fanal de lluvia», «Horizonte despejado» e «Írdea palpitanancia»— más un poema-epílogo. Unos sesenta poemas en total que, como digo, se estructuran y hermanan con una suerte de ciclo natural de la luz y de la lluvia metaforizado en esos títulos tomados de versos de esos poetas de su preferencia, lo que nos habla en paralelo de su posición lectora y creadora, al igual que tan alto número de dedicatorias, insisto, nos da una idea no solo de la emotividad del autor sino también de su capacidad de afecto, esto es, de su profunda humanidad. Así pues, estos poemas, cuidados en su factura, de perfil intimista y proyección lírica, nutren esas partes según domine en ellos la plenitud de la existencia simbolizada en ese sol de oro —extraña, y a la postre eficaz, metáfora en su estructura y fondo dado que en nuestra cultura perseguimos el oro como vía de posesión simbólica del astro rey: vale decir que el sol no es de oro, es el oro el que es como el sol—; o poemas que, como en «Nublado de nácares», se llenan por lo general de otoño o del tiempo ido, o dan cuenta de una vida en su descenso cuando no muestran la añoranza de lo que no pudo ser, además de provocar interrogaciones retóricas en cadena,

como en «Cuestionario», cuyas respuestas el lector presiente; o poemas, como ocurre en la sección «Fanal de lluvia», donde la vivencia en plenitud y observación de la naturaleza en la altura de sus montañas o en las orillas de sus mares alcanzan su alto protagonismo; o poemas que —léanse los recogidos en «Horizonte despejado»— meditan sobre las edades y su sentido, el paso del tiempo, la rutina o lo que entre nosotros llamamos felicidad, entre otros asuntos mayores; o poemas, finalmente, como en «Írdea palpitanca», que son un canto del amor y de la amada, canto que se corresponde con distintos momentos y fases de su trayectoria vital.

Hasta aquí estas palabras liminares a unos poemas de largo aliento y voluntad de transparencia, escritos por un hombre que, como Antonio Machado, busca aliar la verdad a la bondad y a la belleza y que quieren ser signo de una vida, con sus certezas e incertidumbres: las certezas de la infancia, del amor y de la muerte y las incertidumbres de todo hombre que provocan palabras heridas y versos rescatados como leemos en el poema epilogoal «Me queda la certeza». Hasta aquí este prólogo cuyo propósito no es otro que invitar al lector a penetrar en el poemario donde navegará por hermosas imágenes y palabras verdaderas con las que Miguel González Dengra pone nombre poético, entre otros, al amor y, con hondo sentimiento, la experiencia de una muerte temprana, así como se sirve de ellas para guardar en urnas de versos los paisajes de Granada y la luz de Almería, su patria.

Antonio Chicharro